



ÁLVARO DE LAIGLESIA

**SE PROHIBE
LLORAR**

Colección de relatos humorísticos del maestro del humor.

Historia de un señorito

SIEMPRE fue un chico pasmado y bastante distraído: ya en el vientre de su madre, al cumplir el sexto mes, hizo un nudo en el cordón umbilical para acordarse de que tenía que nacer.

Gracias a esto se acordó. Y nació.

—Pésemelo bien —dijo su mamá al tocólogo—, que en esta clínica siempre escatiman media libra de cada criatura.

—¡Por Dios, señora! —se ofendió el doctor—. Hay un juego de pesas a disposición de las parturientas, para verificar la exactitud de las pesadas.

—Conozco el truco —porfiaba ella, que había visto dar a luz a lo mejorcito de Madrid—: pesan a los niños envueltos en pañales gruesos, y al desenvolverlos se topa una con un mequetrefe sin media chuleta.

Pero Carlos, por fortuna, no salió mequetrefe. Era flaco, eso sí, como todos los hijos de la gente bien, porque no hay nada tan ordinario como echar al mundo un tarugo gordinflón y saludable. El niño delgadito, sin pretensiones, hace menos pecaminoso el pecado original del que proviene.

—No puede usted quejarse: es un crío muy suficiente —consolaba a la madre el personal de la clínica—. ¡Si viera el que tuvo anoche la señora del número catorce! Le salió tan pequeñajo, que va a tener que repetirlo.

Salvado el duro trance de nacer, tan doloroso y sangriento en las especies vivíparas (no hay nada tan cómodo ni limpio como el sistema del huevo, desengañense), Carlos entró en posesión de un apellido con abolengo. El abolen-

go de muchos apellidos se reduce a que tienen más letras al escribirlos y más deudas al heredarlos. Y el de Carlos era de éstos: soportaba una hipoteca en cada letra, y hasta una hipotequita sobre el punto de su única «i». Pero el lujo hay que pagarlo. Y apellidarse Tronera del Castillejo completamente gratis sería demasiada bicoca.

Los Tronera eran una familia antiquísima, y su árbol genealógico muy frondoso. Tan frondoso que, en plena canícula, se podía dormir la siesta a la sombra de los abuelos.

Su estirpe se fundó como se fundaron todas las estirpes: a un muchacho del siglo XII le gusta una chica de su edad, se van una tarde con la merienda al campo, y ya se sabe: que si eres una medievala guapa, que si quita la mano y no seas feudal... Luego, a la quinta generación, sale un tata-ranieto bruto que abre la cabeza a unos cuantos moros y el rey le sacude unas tierras. (O un título, si la cifra de moros era igual a la centena del número premiado aquel año con el gordo de Navidad.)

Los antepasados de Carlos obtuvieron las tierras, pero no tuvieron suerte para conseguir el título. Todos mataron moros a espuestas, rebasando incluso el cupo que le correspondía matar a cada español; pero unas veces por falta y otras por exceso, el total de víctimas no coincidió nunca con las tres cifras finales del gordo navideño. Y tuvieron que conformarse con un bonito apellido no sólo mondo, sino también lirondo.

Yo creo que Carlos, si llegan a consultarle, no hubiera elegido para nacer unos parientes tan serios. Más que en una familia rancia, su temperamento encajaba mejor en una familia fresca; en una de esas familias que se forman en las posguerras y que viven estupendamente gracias a su frescura. Pero la Humanidad, valga la filosofía, es igual que una fábrica de «Coca-Cola»: ni las almas eligen sus cuerpos, ni los medios litros de brebaje sus botellas. Los envases van pasando en fila, mientras un pitorro automático vierte en ellos sus dosis de contenido. Y así caen almas soeces en

cuerpos delicados, o espíritus de infantes en pellejos de taberneros. Pero como después de encarnar ya no pueden cambiarse las carnes que nos han tocado en el sorteo, no hay más remedio que aguantarse. Y como el chorrito vital de Carlos cayó en un frasco de primera, tuvo que alojarse en cuna de prosapia, en un palacio de la Castellana.

El Paseo de la Castellana madrileño siempre ha tenido aspecto de zona sin urbanizar, con algo de ancha cañada para rebaños de búfalos. Sus aceras enseñan crudamente la geología de la meseta, resultando inútiles los pudibundos intentos municipales de vestirlas con mantones de césped. Sembrar flores en la Castellana es tan cursi como poner un kimono japonés a la Maja Desnuda. Es el paseo con más personalidad de Europa, por lo cual los Tronera estaban orgullosos de residir en su orilla izquierda. Su casa era lo que antiguamente se llamaba «un hotelito con jardín», y que con el empobrecimiento paulatino de la gente se llama en la actualidad «un palacio con parque». (Lo que antes eran gambas, nos parecen hoy langostas.)

En aquella mansioncita prócer, con un jardín de pocos pero grandes árboles, vivía la familia desde antes de la guerra de Cuba. (Las guerras, además de servir para justificar el sueldo de los ejércitos, sirven también para marcar etapas en la historia de las familias. Reinaría gran confusión en nuestros recuerdos si no fuera porque los vamos clasificando en grupos de «antes» y «después» de las diferentes guerras que estrangulan, a trechos regulares, el salchichón de la vida.)

La parentela de Carlos no era numerosa: un abuelo ya viejo, la pareja de padres reglamentaria, y unos tíos que se iban muriendo en Ultramar dejando herencias muy inferiores a lo que se había calculado. El abuelo era militar, pero no mucho. Y digo no mucho porque era un militar pacifista, que es lo mismo que ser miembro del Salvamento de Náufragos y tenerle miedo al agua. Nadie comprendía por qué estudió la carrera castrense, pues era de esos tipos que pe-

gan un brinco cuando alguien revienta de un manotazo una bolsa de papel. Su prudencia llegaba al extremo de no ponerse jamás el sable del uniforme, sosteniendo la tesis excesiva de que también los sables los carga el diablo. Este apocamiento le impidió ascender a las refulgentes cumbres del generalato. No pasó de alférez. Resultaba un poco ridículo verle con aquella estrepitosa barba blanca, luciendo en la gorra una humilde estrellita de seis puntas. Y la ridiculez aumentaba al saber que la única medalla que tenía no era premiando una acción bélica, sino recordando una peregrinación a Lourdes.

—¿Cómo llamaremos al niño? —preguntó la madre de Carlos, antes de que Carlos se llamara así.

Y el padre no vaciló:

—Tiene cara de Carlos.

—¿En qué se lo notas?

—Es difícil de explicar. Se nace Carlos, como se nace Abdón o Filiberto. Los Abdones tienen el rostro congestionado y los Filibertos afilepinado. Y los Vicentes, aunque no lo parezca, el cuello muy carnoso. Los Carlos, en cambio, son sonrosados, afables, de ojos claros y cabellera rizada. Fíjate bien en nuestro hijo y verás que es un Carlos con todas las características.

Ella, que tenía más fresco el santoral, propuso nombres más atractivos. Se mostró partidaria de los esdrújulos, alegando que los nombres con ese acento obligan a caminar por la vida con paso firme y la frente alta. Álvaro, Rómulo, Pánfilo...

—Es mejor no llevarle la contraria a la Naturaleza —rechazó el padre—. Ya ves lo que pasó a Beethoven: se empeñaron en llamarle Luis, cuando en realidad tenía cara de Hipólito, y se quedó sordo.

Las primeras semanas las pasó el angelito en vilo, jugándose el tipo en los brazos de las señoras que venían a felicitar a la parturienta. Sopesaban al recién nacido y lo miraban al trasluz para ver si tenía ganglios, demostrando su sa-

tisfacción con grititos cuando comprobaban que no los tenía.

—¿Cuánto pesa en vivo? —preguntaban casi todas zarrandeándole para calcular a ojo.

—Cuatro quilos escasos.

—¿Y en canal?

—No hemos querido abrirlo. Como sólo tenemos éste, tememos que se le note luego la costura.

Muchas presumían de haber tenido partos horrendos, exagerando la intensidad de sus dolores y el tamaño de sus fórceps.

—Tú no has pasado nada, hija —escalofriaba a la madre novata una baronesa fortachona—: a mi Manolo lo tenía tan incrustado, que tuvieron que hacerme la cesárea por la espalda.

—Pues cuando yo tuve a mi Jaime —mentía una comandante—, se me cayeron todos los dientes de la mandíbula inferior. Menos mal que yo entonces era muy jovencita, y me volvieron a salir.

Todas se jactaban de haber tenido entuertos terribles, suturas inverosímiles y sufrimientos tremendos.

—Tiene el cráneo un poco blando —opinaba una, hundiendo el diamante de su sortija en la coronilla de Carlitos.

—Pues calcio, mucho calcio —aconsejaba la esposa de un contratista, que entendía mucho de cal y canto.

Pero como las tardes eran largas y el niño corto, las visitas se enfrascaban en discusiones políticas de más envergadura. Doña Gabriela, madre de Carlos, sacaba una lata de galletas y obsequiaba al corro de cotorras. Y al pobre nene, que lo partiera un rayo.

—¿Usted cree que habrá guerra? —decía doña Julia, que fue peluquera de joven hasta que pescó a un magistrado por los pelos.

—No me extrañaría —aseguraba una fósil de cutis ambarino—: un telépata napolitano ha pronosticado que el año catorce será movidito.

—Es natural —corroboraba la contratista—. Los hombres, con tal de tener un pretexto para pasarse una temporada fuera de casa, son capaces de cualquier cosa.

—Yo a mi marido no le dejo ir a las guerras, porque siempre vuelve a las tantas y el aliento le huele a anís —añadía otra.

—Si fueran a pegar tiros todo el tiempo, pase. Pero como están deseando que les peguen un balazo para estarse de palique con las enfermeras...

Carlos se ponía a llorar con potencia vocal equivalente a una soprano de ópera. Pero su madre, astuta, le taponaba la boca con un chupete de grueso calibre.

—Para evitar las guerras, lo mejor sería quitarles las armas a los hombres y guardárselas con llave en un armario.

—¡Cualquiera se las quita, con lo que les gusta a ellos la jarana! —sentenciaba la baronesa abriendo la boca y enseñando la bóveda del paladar, pintada con frescos de saliva.

—El otro día se me ocurrió coger un periódico para hacer un paquete, y leí que en el Cercano Oriente los arábigos están inquietos.

—¿Los arábigos? —preguntaba doña Gabriela, que en geografía estaba pez.

—Sí, mujer: los que hacen la goma.

—Lo malo de estos tiempos —resumía una jueza que llevaba una capita en forma de toga— es que todas las tribus de color, que antes teníamos metidas en un puño, se nos están subiendo a las barbas con el truco de los derechos del hombre.

—Allí está el secreto —intervenía doña Gabriela—. Y es lo que yo me digo: una cosa son los derechos del hombre, y otra muy distinta los derechos del negro.

—Tiene usted razón —cortaba la jueza, enarbolando su bolso en forma de balanza y su paraguas a modo de espada—: donde esté una buena esclavitud...

Carlos solía lanzar un lamento exigiendo teta; y doña Gabriela, despistadísima, se levantaba a buscar la teta para

dársela.

—¿Dónde habré puesto yo la teta del nene? —decía angustiada, mirando debajo de los sofás y las consolas.

—¡Pero si la tiene usted puesta, tontina! —exclamaba una visita señalando el sitio donde suelen tenerse esas cosas.

—Es verdad —se ponía muy contenta doña Gabriela al comprobarlo—. Es que me he quedado tan débil después del parto, que he perdido la memoria.

Y sacaba su pecho ubérrimo de la bodega pectoral, donde lo guardaba como un botijo para que su contenido estuviera siempre fresco. Y las señoras se iban con la cháchara a otra parte, despidiéndose de ella con la frase de ritual:

—Adiós, guapa. Hasta el niño que viene.

De doña Gabriela sólo podía decirse que era una mujer muy distinguida, socorrido piropo que suele dirigirse a todas las mujeres que no se distinguen por su belleza. No se comprendía cómo una señora tan insignificante y hasta un poco nariguda consiguió meterse en el corazón de don Lucas Tronera, padre de Carlos por parte de padre. Quizá se metió por ósmosis, como la humilde gota de agua se infiltra en la raíz del árbol altivo. Quizá por ser propietaria de unas tierras (dimensión vaga que se aplica para disimular la pequeñez de una finca rústica), en cuyo subsuelo olfatearon petróleo unos peritos... El caso es que Gabriela cobró, con certera puntería, una de las piezas más codiciadas por las solteras cazadoras de hombres. Al mes de la boda, se despejaron dos incógnitas importantes: no había petróleo en las tierras de Gabriela ni amor en el corazón de Lucas. Pero ya era tarde para volverse atrás. El matrimonio, en los países sin divorcio, es una terrible batalla que se está perdiendo todos los días sin que ninguno de los contendientes pueda abandonar el campo. Sólo con la viudez llega el armisticio para el cónyuge superviviente.

Don Lucas era un buen señor con los ojos más bien saltones, aunque no tanto como para que se le saltaran de las órbitas. Padecía un artrismo pertinaz en ambas rodillas. Una renta, artrítica también, le permitía costear un boato medianejo. De soltero le sobraba con ella para sostener sobre su cabeza una aureola de «calavera», título descocado que encendía los colores a aquellas generaciones pueriles y felices.

Las picardías del calavera finisecular eran deliciosas. Y baratas, sobre todo, pues, con la saneada moneda de entonces, no solían costar más de nueve pesetas. Por un duro, según cuentan los que alcanzaron esa encantadora época, el calavera podía hacer una de las siguientes locuras «tout compris»: pasear en coche de caballos —de uno casi siempre, ya que el plural sólo se ponía para que hiciese bonito— con una tonadillera que enseñaba medio palmo de tobillo en un cafetín. Tomarse un chocolate con picatostes, a las doce de la noche, en una lechería de la Cuesta de las Perdices (que entonces se llamaba de la Perdiz porque aún no se había reproducido). Beberse unas copitas de anisete en tabernas frecuentadas por revolucionarios bonachones, que siempre hablaban de ponerle una bomba al rey como si el rey fuese un garaje (pero, que casi nunca se la ponían porque en el fondo ellos también eran monárquicos, como toda la gente de entonces, y llevaban un escapulario de la Virgen del Pilar escondido debajo de la barba). Por siete pesetas con cincuenta céntimos, propinas incluidas, el calavera podía contratar a un guitarrista y darle una serenata bajo su balcón a una hermosa viuda. Y por nueve pesetas diarias se fugaba con una bailarina francesa de «can-cán», se batía con un hermano empleando unas balas redondas y muy gordas que no penetraban en la piel, y le ponía luego un estanco (al hermano, claro, para que dejara de dar la lata).

Las calaveradas de don Lucas, que se comentaban lo suyo entre la gente bien, eran más modestas: consistían en

ir al Teatro Real con un zapato desabrochado, con lo cual la buena sociedad se hacía lenguas de lo bohemio que era. Cenaba con «champagne» en las fondas y balnearios, pero anotaba en la etiqueta de la botella el número de su habitación para que le sirvieran el sobrante al día siguiente. Era, en resumen, uno de esos calaveras ahorrativos que, de noche, ponen en un vaso de agua el nardo de su solapa para que les dure un poco más.

Pero hastiado de aquella vida tan licenciosa, decidió sentar la cabeza. En aquel tiempo, la cabeza se sentaba con mucha facilidad. Bastaba para ello dar dos pasos: casarse y hacerse socio de un casino. Como casino, eligió el Mercantil; como esposa, a Gabriela. El resultado de la primera elección fue una partida de tresillo por las tardes. El de la segunda, un hijo. Ni el tresillo ni Carlos divertían a don Lucas, que evocaba con nostalgia las diabluras de su alocada juventud. Pero cuando un hombre sienta la cabeza, ya sabe a lo que se expone: a aburrirse como un galápago.

* * *

Unas semanas después, el abuelo murió. No recuerdo bien de qué enfermedad, pero no creo que a nadie le importe. Supongo que de alguna de esas dolencias cuyo nombre conocemos, pero que sólo nos preocupamos de averiguar en qué consisten cuando el médico nos dice que las padecemos nosotros. Escribir que la familia le lloró mucho sería engañarles a ustedes, porque eran individuos de lágrima difícil. Sólo Carlos pescó una llantina ensordecedora, que tuvo en vilo una noche entera a todo el vecindario.

—Parece mentira que un niño de tan pocos meses pueda sentir tanto la muerte del abuelito —decía su madre.

Y claro que parecía mentira: como que lo era. Porque Carlos no lloraba por la muerte de su abuelito, que le im-

portaba un pito, sino porque le apretaba un refajo que le había puesto su mamá.

Abierto el testamento, del que sólo salió una pelusa semejante a la que suele quedar en los bolsillos vacíos, fumigaron el cuarto del finado para instalar en él a la nodriza. La nodriza que contrataron para criar a Carlos era gruesa y abundante. Alta y coloradota a fuerza de salud, parecía el surtidor de una «Campsa» que distribuyera productos lácteos en lugar de carburantes. Tan apreciados eran los servicios de esta mujer por la sociedad madrileña, que don Lucas hubo de pagar un fuerte traspaso a un duque para conseguirla.

—Yo he criado a lo mejor de Madrid —decía ella, enarcando su caja torácica.

Y contaba anécdotas de los comensales ilustres que habían almorzado en sus pezones. Estaba tan orgullosa de su clientela como un comerciante «proveedor de la Real Casa».

—¿Ven ustedes a ese vizconde? —decía en la calle a las otras amas, señalando a un señor muy circunspecto con bastón y sombrero hongo—. Pues lo he criado yo.

—Se le nota en el buen color que tiene —comentaban admiradas las demás, mirando con descaro al aludido.

—¡Y cómo chupaba el condenado! —añadía ella con cariño, entornando sus ojazos de vaca holandesa.

El señor se ponía coloradísimo y huía por la primera bocacalle, pues no hay nada que azore tanto como tropezar de mayores con el ama que nos nutrió.

Gracias a Leocadia, que así se llamaba aquel prodigio de secreción, Carlos adquirió en poco tiempo un tinte sonrosado y apetitoso, convirtiéndose en una verdadera golosina para el antropófago más exigente. De las enfermedades infantiles obligatorias sólo pasó las más elegantes: la varicela, viruela distinguida para gente rica que deja en el cutis un dibujo muy fino estilo «pied de poule»; y un poco de meningitis, que siempre da tono por ser dolencia de

medicación costosa y fiebre de alta calidad. Despreció el sarampión y la escarlatina, enfermedades ordinarias que ponen a los chicos colorados como paletos pueblerinos.

* * *

Entre lloros y papillas, llegó el año catorce con su espectacular Guerra Europea. Carlos aprovechó la apacible neutralidad española para crecer tres palmos, y su padre la empleó en hacer negocios sucios. Valiéndose de influencias poderosas, don Lucas obtuvo un pasaporte para entrar en Francia cuando se le antojara. Y en cada viaje, oculto debajo de la lengua —escondrijo astutísimo que jamás descubrió ningún carabinero—, pasaba un rollito de esparadrapo.

El esparadrapo, debido a las heridas y rozaduras tan frecuentes en las guerras, escasea pronto en los países beligerantes y alcanza cotizaciones fabulosas. Prueba de ello es que por un rollo de los más pequeños le pagaban a don Lucas la friolera de mil francos. El tráfico de esparadrapo en aquellos años, como todo el mundo sabe a poco viejo que sea, fue intensísimo. ¡Cuántas fortunas amasaron los neutrales a costa del codiciado pegote! Por los montes de Navarra, con la clásica mula y el típico trabuco, pasaban y repasaban ladinos contrabandistas transportando esparadrapo. Se decía también que los submarinos alemanes cargaban gran cantidad del precioso vendaje adhesivo en nuestros puertos. La industria esparadraperera, poco desarrollada en la península, floreció de un modo impresionante. Varias fábricas, construidas a todo correr, trabajaban veintiséis horas diarias para nutrir tan pingüe contrabando. Una firma catalana lanzó un modelo de esparadrapo verde y marrón, como el «camouflage» de las tropas, que se puso de moda en todos los frentes.

Firmado el armisticio, Europa se encontró con los mismos problemas de antes de la guerra, más otros nuevos planteados por la post. Pero la Humanidad se había divertido, que es lo principal, y ya se sabe que las diversiones siempre cuestan algo.

Carlos apagó de un soplo seis velas hincadas en una tarta, entrando con este rito en su sexto año de vida. Y dando un simbólico puntapié en el lomo a los hermanos Grimm, encuadernados en tela, leyó trabajosamente un folletín que le prestó la nodriza; de esos que tenían un dibujo en la portada a todo color, con un caballero barbudo de pantalón estrecho clavando un puñal a una señorita pálida con moño.

«—¡Maldita virtuosa! —se leía en el pie—. ¡Vas a pagar con la vida el haber rechazado al seductor Rosendo Papiillon, cuñado del duque!»

Carlos hablaba pronunciando la «r» con sonido de «g», a la francesa, defecto muy corriente en los niños de las familias elegantes. Y la servidumbre, para desahogar su odio de proletarios a la casta superior, se burlaba de él haciéndole repetir el tradicional ejercicio fonético del «Perro de San Roque»:

—El pegggo de San Gggoque no tiene gggabo —decía el chico enrojando con el esfuerzo—, pogggque Ggga-món Gggamíguez se lo ha coggtado.

Cocineras y doncellas, al oírle, se echaban a reír enseñando sus muelas postizas de acero barato.

El aspecto del chico no era muy atractivo. Se adivinaba que de mayor iba a ser moreno, porque el pelo le salía negro. Enflaquecido por el crecimiento, en su vientre de piel tensa el ombligo adoptó la forma de una «i». Sus ojos eran pequeños, brillantes y duros, muy parecidos a los de las aves disecadas. Su epidermis era blanca y fina, tan transparente en algunas zonas que daba asco ver a través de ella tanta vena y tanto nervio. No es que Carlos fuese una birria, ni mucho menos, pero es fácil encontrar niños mejores.

El infeliz, embutido en un traje de terciopelo color butaca a la usanza de la época, soportaba la infancia triste de niño pudiente que no puede coger un puñado de tierra en el parque porque lleva guantes de cabritilla, ni revolcarse en los charcos porque viste de punta en blanco, ni descalabrar a un golfo de una pedrada porque le vigila una «nurse».

—Este niño no se divierte con nada —decía su madre. Y añadía—: Hay que mandarle al colegio —solución absurda que se les ocurre a todas las madres, como si el colegio fuera el colmo de la juerga.

Urgía efectivamente encontrar un remedio, porque Carlos entraba en esa edad peligrosísima en que el niño hace preguntas que ponen en tremendos aprietos a sus padres:

—Mamá, ¿es verdad que los niños vienen de París?

—Pues claro, hijito.

—¿Por correo?

—Naturalmente.

—¿Y dónde les ponen los sellos?

—En las nalgas —gruñía la señora, furiosa al verse acorralada.

—Oye, papá, ¿en qué se diferencian los niños de las niñas?

—En que los niños se abrochan el abrigo a la derecha, y las niñas a la izquierda —mentía don Lucas, pues ya se sabe que la diferencia no es ésa exactamente.

Huían de él en cuanto asomaba a sus labios un signo de interrogación.

—Oye, papá. Oye, mamá... ¿Adónde vais tan corriendo? —se asombraba la criatura al verlos desaparecer de su vista como flechas.

Practicaban esa estupidez, tan difundida entre los padres, de ocultar a la infancia verdades fundamentales dejándola en libertad de que las averigüe ella solita. Con lo cual los errores y tropezones que sufre hasta descubrirlas, suelen ser morrocotudos.